

TEXTO INTEGRO DE LA ENCICLICA

"Rerum Novarum"

de

S. S. EL PAPA LEON XIII

CINCUENTENARIO DE SU PROMULGACION

1891 — Mayo 15 — 1941

Como un homenaje especial a la memoria de León XIII insertamos en este número, cuya aparición coincide con el cincuentenario de la promulgación de la Encíclica "Rerum Novarum", el texto íntegro de este trascendental documento, en el cual se exponen los puntos de vista católicos sobre la cuestión social.

"Rerum Novarum"

ENCICLICA DE S. S. LEON XIII

A los Venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico que están en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

LEON XIII PAPA.

Venerables Hermanos, salud y apostólica bendición:

Una vez despertado el afán de novedades, que hace tanto tiempo agita los Estados, necesariamente había de suceder que el deseo de hacer mudanzas en el orden político se extendiese al económico, que tiene con aquel tanto parentesco.

1. Origen y causas del malestar actual.

Efectivamente, los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por que van las artes; el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros; el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud, y el haber concebido los obreros mayor opinión respecto a su propio valer y poder, y la unión más estrecha con que unos a otros se han juntado; y finalmente, la corrupción de las costumbres, han hecho estallar la guerra. Cuánta gravedad entrañe esta guerra, se colige de la viva expectación que tiene los ánimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las Asambleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los príncipes; de tal manera que no se halla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres.

2. *Propósitos del Papa.*

Por esto, proponiéndonos como fin la defensa de la Iglesia y el bien común, y como otras veces os hemos escrito sobre el gobierno de los pueblos, la libertad humana, la constitución cristiana de los Estados, y otras cosas semejantes, cuanto parecía a propósito para refutar las opiniones engañosas, así ahora, y por las mismas causas, creemos deber escribiros algo del estado y condición de los obreros.

Materia es ésta que ya otras veces, cuando se ha ofrecido la ocasión, hemos tocado; mas en esta Encíclica amonéstanos la conciencia de nuestro deber apostólico que tratemos la cuestión de propósito y por completo, y de manera que se vean bien los principios que han de dar a esta contienda la solución que demandan la verdad y la justicia.

3. *Dificultades que presenta la cuestión social.*

Pero es difícil de resolver, y no carece de peligro. Porque difícil es dar la medida justa de los derechos y deberes en que ricos y proletarios, capitalistas y operarios, deben encerrarse. Y peligrosa es una contienda que por hombres turbulentos y maliciosos frecuentemente se tuerce, para pervertir el juicio de la verdad y mover a sediciones la multitud.

4. *Necesidad de un pronto y eficaz remedio a los males actuales.*

Comoquiera que sea, vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la infima clase, puesto que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa. Pues destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y las leyes públicas de la religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores. A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre bajo diversas formas, la misma en su sér, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntese a esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos opulentos y riquísimos hombres han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del yugo de los esclavos.

5. *Qué se proponen los socialistas.*

Para remedio de este mal, los *socialistas*, después de excitar en los pobres el odio a los ricos, pretenden que es preciso acabar con la propiedad privada y sustituirla con la colectiva, en que los bienes de cada uno sean comunes a todos, atendiendo a su conservación y distribución los que rigen el Municipio o tienen el gobierno general del Estado. Con este pasar los bienes de las manos de los particulares a las de la comunidad, y repartir luego esos mismos bienes y sus utilidades con igualdad perfecta entre los ciudadanos, creen que podrán curar la enfermedad presente. Pero tan lejos está este procedimiento suyo de poder dirimir la cuestión, que antes perjudica a los obreros mismos; y es, además, grandemente injusto, porque hace fuerza a los que legítimamente poseen, pervierte los deberes del Estado e introduce una completa confusión entre los ciudadanos.

6. *El socialismo contraría los verdaderos intereses del obrero.*

A la verdad, todos fácilmente entienden que la causa principal de emplear su trabajo, los que se ocupan en algún arte lucrativo, y el fin a que próximamente mira el operario, son estos:

Procurarse alguna cosa y poseerla como propia suya, con derecho propio y personal. Porque si el obrero presta a otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse; y por esto, con el trabajo que de su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto, no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quisiere. Luego, si gastando poco de este salario ahorra algo, y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, lo emplea en una finca, síguese que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma; y, por lo tanto, la finca que el obrero así compró, debe ser tan suya propia como lo era el salario que con su trabajo ganó. Ahora bien: en esto precisamente consiste, como fácilmente se deja entender, el dominio de muebles o inmuebles. Luego al empeñarse los *socialistas* en que los bienes particulares pasen a la comunidad, empeoran la condición de los obreros, porque quitándoles la libertad de hacer de su salario el uso que quisieren, les quitan la esperanza y aun el poder de aumentar sus bienes propios y de sacar de ellos otras utilidades.

7. *El socialismo es contrario a la justicia.*

Pero, y esto es aún más grave, el remedio que proponen pugna abiertamente con la justicia; porque poseer algo como propio y con exclusión de los demás, es un derecho que dió la naturaleza a todo hombre. Y a la verdad, aun en esto hay grandísima diferencia entre el hombre y los demás animales. Porque éstos no son dueños de sus actos, sino que se gobiernan por un doble instinto natural que mantiene en ellos despierta la facultad de obrar, y a su tiempo les devuelve las fuerzas y excita y determina cada uno de sus movimientos. Muévelos uno de estos instintos a defender su vida, y el otro a conservar su especie. Y en ambas cosas fácilmente las alcanzan con sólo usar de lo que tienen presente; ni pueden, en manera alguna, pasar más adelante, porque los mueve sólo el sentido y las cosas singulares que con los sentidos perciben. Pero muy distinta es la naturaleza del hombre. Existe en él toda entera y perfecta la naturaleza animal, y por eso, no menos que a los otros animales, se ha concedido al hombre, por razón de esta su naturaleza animal, la facultad de gozar del bien que hay en las cosas corpóreas. Pero esta naturaleza animal, aunque sea en el hombre perfecta, dista tanto de ser ella sola toda la naturaleza humana, que es muy inferior a ésta, y de su condición nacida a sujetarse a ella y obedecerla. Lo que en nosotros campea y sobresale, lo que al hombre da el sér de hombre, y lo que lo diferencia específicamente de las bestias, es el entendimiento o la razón. Y por esto, por ser el hombre el solo animal dotado de razón, hay que conceder necesariamente al hombre la facultad, no sólo de usar, como los demás animales, sino de poseer con derecho estable y perpetuo así las cosas que con el uso se consumen, como las que, a pesar del uso, no se acaban.

8. *El socialismo no se acomoda a la naturaleza del hombre.*

Lo cual se ve aún más claro si se estudia en sí y más íntimamente la naturaleza del hombre. Este, por abarcar con la inteligencia cosas innumerables y juntar, además, a las presentes las futuras, y por ser dueño de sus acciones, por esto, sujeto a la ley eterna y a potestad de Dios, que todo lo gobierna con providencia infinita, se gobierna a sí propio con la providencia de que es capaz su razón, y por esto también tiene libertad de elegir aquellas cosas que juzgue más a propósito para su propio bien, no sólo en el tiempo presente sino aun en el que está por venir. De donde se sigue que debe el hombre tener dominio, no sólo de los

frutos de la tierra, sino, además, de la tierra misma, porque de la tierra ve que se producen, para ponerse a su servicio, las cosas de que él ha de necesitar en lo porvenir. Dan, en cierto modo, las necesidades de todo hombre, perpetuas vueltas, y así, satisfechas hoy, vuelven mañana a ejercer su imperio. Debe, pues, la naturaleza haber dado al hombre algo estable y que perpetuamente dure, para que de ello perpetuamente pueda esperar el alivio de sus necesidades. Y esta perpetuidad nadie, sino la tierra con sus frutos, puede darla.

Ni hay para qué se entrometa el cuidado y providencia del Estado, porque más antiguo que el Estado es el hombre, y por esto, antes que se formase Estado ninguno, debió recibir el hombre, de la naturaleza, el derecho de cuidar de su vida y de su cuerpo. Mas el haber dado Dios la tierra a todo el linaje humano, para que use de ella y la disfrute, no se opone, en manera alguna, a la existencia de propiedades particulares. Porque decir que Dios ha dado la tierra en común a todo el linaje humano, no es decir que todos los hombres, indistintamente, sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios a ninguno en particular la parte que había de poseer, dejando a la industria del hombre y a las leyes de los pueblos la determinación de lo que cada uno en particular había de poseer. Por lo demás, aun después de repartida entre personas particulares no cesa la tierra de servir a la utilidad común, pues no hay mortal ninguno que no se sustente de lo que produce la tierra. Los que carecen de capital lo suplen con su trabajo; de suerte que con verdad se puede afirmar que todo el arte de adquirir lo necesario para la vida y manutención, se funda en el trabajo que, o se emplea en una finca, o en una industria lucrativa, cuyo salario, en último término, de los frutos de la tierra se saca, o con ellos se permuta.

9. Fundamento y razón de ser la propiedad individual.

Dedúcese de aquí también que la propiedad privada es claramente conforme a la naturaleza. Porque las cosas que para conservar la vida, y más aún, las que para perfeccionarla, son necesarias, prodúcelas la tierra, es verdad, con grande abundancia, mas sin el cultivo y cuidado de los hombres no las podría producir. Ahora bien: cuando en preparar los bienes naturales gasta el hombre la industria de su inteligencia y las fuerzas de su cuerpo, por el mismo hecho se aplica a sí aquella parte de la naturaleza material que cultivó, y en la que dejó impresa una como huella o figura de su propia persona; de modo que no puede menos de

ser conforme a la razón que aquella parte la posea el hombre como suya y a nadie en manera alguna le sea lícito violar su derecho.

Tan clara es la fuerza de estos argumentos, que causa admiración ver que hay algunos que piensan de otro modo, resucitando envejecidas opiniones, las cuales conceden, es verdad, al hombre, aun como particular, el uso de la tierra y de los frutos varios que de ella, cuando se cultiva, se producen; pero abiertamente le niegan el derecho de poseer como señor y dueño el solar sobre que levantó el edificio, o hacienda que cultivó. Y no ven que al negar este derecho al hombre le quitan cosas que con su trabajo adquirió. Pues un campo, cuando lo cultiva la mano y lo trabaja la industria del hombre, cambia muchísimo de condición; hácese de silvestre fructuoso, y de infecundo, feraz. Y aquellas cosas que lo han así mejorado, de tal modo se adhieren y tan íntimamente se mezclan con el terreno, que muchas de ellas no se pueden ya en manera alguna separar. Ahora bien: que venga alguien a apoderarse y disfrutar del pedazo de tierra en que depositó otro su propio sudor; ¿permitiríalo la justicia? Como los efectos siguen la causa de que son efectos, así el fruto del trabajo es justo que pertenezca a los que trabajaron. Con razón, pues, la totalidad del género humano, haciendo poco caso de las opiniones discordes de unos pocos, y estudiando diligentemente la naturaleza, en la misma ley natural halla el fundamento de la división de bienes y la propiedad privada, tanto que, como muy conformes y convenientes a la paz y tranquilidad de la vida, las ha consagrado con el uso de todos los siglos. Este hecho de que hablamos lo confirman, y hasta con la fuerza lo defienden, las leyes civiles, que, cuando son justas, de la misma ley natural derivan su eficacia. Y este mismo derecho sancionaron con su autoridad las divinas leyes que, aun el desear lo ajeno, gravísimamente prohíben. *No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni campo, ni sierva, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que son tuyas.* (Deut, V. 21).

10. *El socialismo se opone a los derechos de la familia.*

Estos derechos que a los hombres, aun separados, competen, se ve que son aún más fuertes, si se les considera trabados y unidos con los deberes que los mismos hombres tienen cuando viven en familia. Cuanto al elegir el género de vida, no hay duda que puede cada uno a su arbitrio escoger una de dos cosas: o seguir el consejo de Jesucristo, guardando virginidad, o ligarse con los vínculos del matrimonio. Ninguna ley humana puede quitar al hombre el derecho natural y primario

que tiene a contraer matrimonio, ni puede tampoco ley ninguna humana poner en modo alguno límites a la causa principal del matrimonio, cual la estableció la autoridad de Dios en el principio: *Creced y multiplicaos* (Gén. 1-28). Hé aquí la familia o sociedad doméstica, pequeña, a la verdad, pero verdadera sociedad y anterior a todo Estado, y que, por lo tanto, debe tener derechos y deberes suyos propios, y que de ninguna manera dependen del Estado. Menester es, pues, traspasar al hombre, como cabeza de familia, aquel derecho de propiedad que la naturaleza dió a cada uno en particular, según hemos demostrado; más aún, este derecho es tanto mayor y más fuerte cuanto son más las cosas que en la sociedad doméstica abarca la persona del hombre. Ley es santísima de la naturaleza que deba el padre de familia defender, alimentar y atender con todo género de cuidados a los hijos que engendró; y de la misma naturaleza se deduce que a los hijos que, en cierto modo reproducen y perpetúan la memoria del padre, debe éste adquirirles y prepararles los medios que honradamente puedan defenderse de la desgracia en la peligrosa carrera de la vida. Y esto no lo puede hacer sino poseyendo bienes útiles que pueda, en herencia, transmitir a sus hijos. Lo mismo que el Estado, es la familia, una verdadera sociedad regida por un poder que le es propio, a saber: el paterno. Por esto, dentro de los límites que su fin próximo le prescribe, tiene la familia, en el procurar y aplicar los medios que para su bienestar y justa libertad son necesarios, derechos iguales, por lo menos, a los de la sociedad civil. Iguales, por lo menos, hemos dicho, porque como la familia o sociedad doméstica se concibe y de hecho existe antes que la sociedad civil, síguese que los derechos y deberes de aquélla son anteriores y más inmediatamente naturales que los de ésta. Y si los ciudadanos, si las familias, al formar parte de esta comunidad humana, hallasen en vez de auxilio, estorbo, y en vez de defensa, disminución de su derecho, sería más bien para aborrecer que para desear la sociedad.

11. La intervención del Estado no puede extenderse a todo.

Querer, pues, que se entrometa el poder civil hasta lo íntimo del hogar, es un grande y pernicioso error. Cierto que si alguna familia se hallase en extrema necesidad y no pudiese valerse ni salir por sí de ella en manera alguna, justo sería que la autoridad pública remediase esta necesidad extrema, por ser cada una de las familias una parte de la sociedad. Y del mismo modo, si dentro del hogar doméstico surgiese una perturbación grave de los derechos mutuos, interpóngase la autoridad

pública, para dar a cada uno el suyo, pues no es esto usurpar derechos de los ciudadanos, sino protegerlos y asegurarlos con una justa y debida tutela. Pero es menester que aquí se detengan los que tienen el cargo de la cosa pública; pasar estos límites no lo permite la naturaleza. Porque es tal la patria potestad, que no puede ser ni extinguida ni absorbida por el Estado, puesto que su principio es igual e idéntico al de la vida misma de los hombres. Los hijos son algo del padre y como una amplificación de la persona del padre; y si queremos hablar con propiedad no por sí mismos, sino por la comunidad doméstica en que fueron engendrados, entran a formar parte de la sociedad civil. Y por esta misma razón, porque los hijos son *naturalmente algo del padre.....antes de que lleguen a tener el uso de su libre albedrío están sujetos al cuidado de sus padres* (S. Thom., II, II, Quest, X, artículo 12). Cuando, pues, los *socialistas* descuidan la providencia de los padres, introducen en su lugar la del Estado, obran contra la justicia natural, y disuelven la trabazón del hogar doméstico.

Y fuera de esta injusticia, véese demasiado claro cuál sería en todas las clases la perturbación y trastorno, a lo que se seguiría una dura y odiosa esclavitud de los ciudadanos. Abriríase la puerta a muchos odios, murmuraciones y discordias; quitando al ingenio y diligencia de cada uno todo el estímulo, secaríanse necesariamente las fuentes mismas de la riqueza, y esa igualdad que en su pensamiento se forjan, no sería, en hecho de verdad, otra cosa que un estado tan triste como innoble en que colocarían a todos los hombres, sin distinción alguna. De todo lo cual se ve que aquel dictamen de los *socialistas*, a saber: que toda propiedad ha de ser común, debe absolutamente rechazarse porque daña a los mismos a quienes se trata de socorrer; pugna con los derechos naturales de los individuos y perturba los deberes del Estado y la tranquilidad común. Quede, pues, sentado, que cuando se busca el modo de aliviar a los pueblos, lo que principalmente y como fundamento de todo se ha de tener, es esto: que se debe guardar intacta la propiedad privada. Esto probado, vamos a declarar a dónde hay que ir a buscar el remedio que se desea.

12. *Por qué interesan las cuestiones sociales a la Iglesia.*

Animosos y con derecho claramente nuestro, entramos a tratar de esta materia, porque cuestión es ésta a la cual no se hallará solución ninguna aceptable, si no se acude a la Religión y a la Iglesia. A Nós principalmente incumbe con razón, y si calláramos, se juzgaría que

faltábamos a nuestro deber. Verdad es que cuestión tan grave demanda la cooperación y esfuerzo de otros, es a saber: de los príncipes y cabezas de los Estados, de los amos y de los ricos, y hasta de los mismos proletarios de cuya suerte se trata; pero, sin duda alguna, afirmamos que serán vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres, si desatienden a la Iglesia. Porque la Iglesia es la que del Evangelio saca doctrinas tales, que bastan o a dirimir completamente esta contienda o, por lo menos, a quitarle toda aspereza y hacerla más suave; ella es la que trabaja, no sólo en instruir el entendimiento, sino en regir con los preceptos la vida y costumbres de todos y cada uno de los hombres; ella, la que con muchas utilísimas instituciones promueve el mejoramiento de la situación de los proletarios; ella, la que quiere y pide que se aúnen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases, para poner un remedio, el mejor que sea posible, a las necesidades de los obreros; y para conseguirlo, cree que se deben emplear, aunque con peso y medida, las leyes mismas y la autoridad del Estado.

13. *Diversidad de condiciones entre los hombres.*

Sea, pues, el primer principio, y como la base de todo, reconocer que no hay más remedio que acomodarse a la condición humana, y que en la sociedad civil no pueden todos ser iguales. Afánanse, es verdad, por ello, los *socialistas*; pero es en vano y contra la naturaleza misma de las cosas ese afán. Porque ha puesto en los hombres la naturaleza misma grandísimas y muchísimas desigualdades. No son iguales los talentos todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni iguales las fuerzas; y a la necesaria desigualdad de estas cosas síguese espontáneamente desigualdad en la fortuna. Lo cual es claramente conveniente a la utilidad, así de los particulares como de la comunidad; porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que a ejercitar estos oficios diversos principalmente mueve a los hombres, es la diversidad de la fortuna de cada uno. Y por lo que al trabajo corporal toca, ni aun en el estado de la inocencia había de estar el hombre completamente ocioso; mas lo que para el esparcimiento del ánimo habría entonces libremente buscado la libertad, eso mismo después por necesidad y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado. *Maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida* (Gén., III, 17). Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acom-

pañar al hombre hasta lo último de su vida. Así que sufrir y padecer es la suerte del hombre, y por más experiencias y tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades. Los que dicen que lo pueden hacer, los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor, y regalada con holganza e incesantes placeres, lo inducen a error, lo engañan con fraudes, de que brotarán algún día males mayores que los presentes. Lo mejor es mirar las cosas humanas como son en sí, y al mismo tiempo buscar en otra parte, como ya hemos dicho, el remedio conveniente a estas incomodidades.

14. No hay oposición entre las distintas clases sociales.

Hay, en la cuestión que tratamos, un mal capital, y es el figurarse y pensar que son unas clases de la sociedad, por su naturaleza, enemigas de otras, como si a los ricos y a los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos contra los otros, en perpetua guerra. Lo cual es tan opuesto a la verdad de la razón, que, por el contrario, es certísimo que, así como en el cuerpo se unen miembros entre sí diversos, y de su unión resulta esa disposición de todo el sér, que bien podríamos llamar simetría, así en la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se junten y se adapten la una a la otra, de modo que se equilibren. Necesita la una de la otra enteramente, porque sin trabajo no puede haber capital, ni sin capital trabajo. La concordia engendra en las cosas hermosura y orden, y, al contrario, de una perpetua lucha no puede menos de resultar la confusión junto con una salvaje ferocidad. Ahora bien: para acabar con esa lucha, y hasta para cortar las raíces mismas de ella, tiene la Religión Cristiana una fuerza admirable y múltiple. Y en primer lugar, el conjunto de las enseñanzas de la religión, de que es intérprete y depositaria la Iglesia, puede mucho para componer entre sí y unir a los ricos y a los proletarios, porque a ambos enseña sus mutuos deberes, y en especial los que emanan de la justicia. De estos deberes, los que tocan al proletario y obrero son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo, que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna el capital ni hacer violencia personal a sus amos; al defender sus propios derechos, abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones ni hacer juntas con hombres malvados, que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, a lo que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas. A los ricos y a los amos

toca: no tener a los obreros por esclavos, respetar en el obrero la dignidad de la persona y la nobleza que a esa persona añade lo que se llama el carácter de cristiano. Si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre, ni lo rebaja, el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Lo que verdaderamente es vergonzoso e inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos más que en lo que dan de sí sus músculos y sus fuerzas. Ordénase, asimismo, que en los proletarios se tenga cuenta con la religión y con el bien de sus almas. Y por esto, deber es de sus amos hacer que en sus tiempos se dedique el obrero a la piedad; no exponerlo a los atractivos de la corrupción ni a los peligros de pecar, ni en manera alguna estorbarle el que atienda a su familia y el cuidado de ahorrar. Asimismo, no imponerle más trabajo que el que sus fuerzas pueden soportar, ni tal clase de trabajo que no lo sufran su sexo y su edad. Pero entre los primeros deberes de los amos, el principal es dar a cada uno lo que es justo. Sabido es que para fijar conforme a justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración, pero en general deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio a los indigentes y menesterosos, y de la pobreza ajena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano. Y el defraudar a uno el salario que se le debe, es un gran crimen, que clama al cielo venganza. *Mirad que el jornal que defraudásteis a los trabajadores clama, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los ejércitos.* (Jac., V. 4). Finalmente, con extremo cuidado deben guardarse los amos de perjudicar en lo más mínimo los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaño, ni con los artificios de la usura, y esto aun con tanto mayor razón cuanto que no están ellos suficientemente protegidos contra quien les quite sus derechos o los incapacite para trabajar, y porque sus haberes, cuanto más pequeños son, tanto más deben ser respetados.

La obediencia a estas leyes, ¿no es verdad que bastaría ella sola a quitar la fuerza y a acabar con las causas de esa contienda? Pero la Iglesia, enseñada y guiada por Jesucristo, aspira a algo más grande; es decir, ordena algo que sea más perfecto, y pretende con ello juntar en unión íntima y amistad una clase con otra. Entender lo que en verdad son, y apreciar lo que de veras valen las cosas percederas es imposible, si no se ponen los ojos del alma en aquella otra vida, que no ha de tener fin, y de cuya noción no se puede prescindir sin que perezca inmediatamente el concepto y la verdadera noción del bien, y sin que se convierta este universo en un misterio inexplicable a toda investigación hu-

mana. Así, pues, lo que del magisterio de la naturaleza misma aprendemos, es también dogma de la fe cristiana, en la cual, como en principal fundamento, estriba la razón y el ser todo de la Religión; queremos decir: que cuando salgamos de esta vida, entonces hemos de comenzar de veras a vivir. Porque no crió Dios al hombre para estas cosas quebradizas y caducas, sino para las celestiales y eternas; ni nos dió la tierra por habitación perpetua sino por lugar de destierro. Abundar o carecer de riquezas y de las otras cosas que llaman bienes, nada importa para la bienaventuranza eterna; lo que importa más que todo es el uso que de esos bienes hagamos. Las varias penalidades de que está como tejida la vida mortal, no las quitó Jesucristo con su copiosa redención, sino las trocó en incentivos de virtudes y materia de merecer; de tal suerte que ninguno de los mortales puede alcanzar los bienes sempiternos, sino caminando sobre las ensangrentadas huellas de Jesucristo. *Si sufriéremos, reinaremos también con El.* (2 ad Tim., II, 12). Tomando El de su voluntad trabajos y tormentos, por admirable modo, templó la fuerza de esos mismos trabajos y tormentos; y no sólo con su ejemplo, sino con su gracia y con la esperanza que delante nos pone de un premio eterno, hizo más fácil el sufrir dolores, *porque lo que aquí es para nosotros tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros, de un modo muy maravilloso, un peso eterno de gloria.* (2 Cor., IV, 17).

15. Advertencia a los ricos.

Adviértese, por lo tanto, a los que tienen riquezas, que no libran ellas de dolor, ni en nada aprovechan para la eterna bienaventuranza, sino que antes dañan (Matth., XIX, 23-24); que deben a los ricos infundir terror las extraordinarias amenazas que les hace Jesucristo (Luc., VI, 24-25); y que ha de llegar un día en que darán en el Tribunal de Dios severísima cuenta del uso que hicieron de sus riquezas. Acerca del uso que se debe hacer de las riquezas hay una doctrina excelente e importantísima, que la filosofía deslumbró, y que la Iglesia, después de perfeccionar, enseña, y trabaja para que no sea solamente conocida, sino observada y aplicada a las costumbres. El principio fundamental de esta doctrina es el siguiente: que se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso justo del mismo dinero. Poseer algunos bienes en particular, es, como poco antes hemos visto, derecho natural al hombre; y usar de ese derecho, mayormente cuando se vive en sociedad, no sólo es licito, sino absolutamente necesario. *Licito es que el hombre posea algo como propio. Es, además, para la vida humana necesario.* (S. Thom., II,

II, Quaest, LXVI, a. 2). Mas si se pregunta qué uso se debe hacer de esos bienes, la Iglesia, sin titubear, responde: *Cuanto a esto, no debe tener el hombre las cosas externas, como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte que fácilmente las comuniqué con otros cuando éstos las necesiten, por lo cual dice el apóstol: Manda a los ricos de este siglo..... que den y que repartan francamente.* Verdad es que a nadie se manda socorrer a otros con lo que para sí o para los suyos necesita, ni siquiera dar a otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester, pues nadie está obligado a vivir de un modo que a su estado no convenga (S. Thom, II, II, Quaest, XXXII, a. 6). Pero satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer a los indigentes. *Lo que sobre, dadlo de limosna* (Luc. XI, 41). No son estos, en caso de extrema necesidad, deberes de justicia, sino de caridad cristiana, a la cual no tienen derecho de contradecir las leyes. Porque anterior a las leyes y juicios de los hombres es la ley y juicio de Jesucristo, que de muchas maneras aconseja que nos acostumbremos a dar limosna: *cosa más bienaventurada es dar que recibir* (Act., XX, 35). El dice que tendrá por hecha o negada a sí propio la caridad que hiciéremos a negáremos a los pobres: *En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a Mi lo hicisteis* (Math., XXV, 40). En suma, los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, ya sean esos bienes corporales y externos, espirituales e internos, los han recibido para que con ellos atiendan a su perfección propia y al mismo tiempo, como ministros de la Divina Providencia, al provecho de los demás. *Así, pues, el que tuviere talento, cuide de no callar; el que tuviere abundancia de bienes, vele no se entorpezca en él la largueza de la misericordia; el que supiere un oficio con que manejarse, ponga grande empeño en hacer al prójimo participante de su utilidad y provecho* (S. Greg. Mag., In Evang., Hom., n. 7).

16. Deberes de los desheredados de bienes de fortuna.

A los que carecen de bienes de fortuna enséñales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y a no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo cual lo confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres se hizo *pobre siendo rico* (II, Corinth., VIII, 9); y aunque era Dios e Hijo de Dios, quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano; y aun no rehusó gastar una parte de su vida trabajando como artesano. *¿No es este el artesano hijo de María? Quien este*

divino ejemplo tuviere ante los ojos entenderá más fácilmente lo que sigue, a saber: que la verdadera dignidad y excelencia del hombre en las costumbres, es decir, en la virtud, consiste en que la virtud es patrimonio común a todos los mortales, que igualmente lo pueden alcanzar los bajos y los altos, los ricos y los pobres; y que sólo a las virtudes y al mérito, en quienquiera que se hallen, se ha de dar el premio de la eterna bienaventuranza. Y no sólo esto, sino que a los afligidos por alguna calamidad, se ve más inclinada la voluntad del mismo Dios; pues bienaventurados llama Jesucristo a los pobres; amantísimamente llama a Sí, para consolarlos, a los que están en algún trabajo o aflicción; y a los más abatidos, y a los que injustamente son oprimidos, abraza con especial amor. Cuando estas verdades se conocen, fácilmente se reprime la hinchazón de ánimo de los ricos y se levanta el abatimiento de los pobres, y se doblegan los unos a ser benignos y los otros a ser humildes. Y de esta suerte la distancia que entre unos y otros quisiera poner la soberbia, se acortará y no habrá dificultad en conseguir que se unan con estrecho vínculo de amistad los unos y los otros.

Si a los preceptos de Cristo obedecieren todos, no sólo en amistad, sino en amor verdaderamente de hermanos, se unirán. Porque sentirán y entenderán que los hombres, sin distinción alguna, han sido creados por Dios, padre común de todos; que todos tienden al mismo bien, como fin que es Dios mismo, único que puede dar bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos han sido por favor de Jesucristo, igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que no sólo entre ellos sino aún con Cristo, Señor Nuestro, *primogénito entre muchos hermanos*, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y asimismo comprenderán que los bienes de la naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común, y sin diferencia alguna, a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. *Si hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos con Cristo* (Roma, VIII, 17).

Tal es la naturaleza de los deberes y derechos que la filosofía cristiana enseña. ¿No es verdad que en brevísimo tiempo parece que se acabaría toda contienda, si en la sociedad civil prevaleciese esta doctrina?

17. *Qué misión incumbe en esto a la Iglesia.*

Finalmente, no se contenta la Iglesia con mostrar los medios con que este mal se ha de curar: ella, con sus propias manos, aplica las medicinas. Porque todo su afán consiste en educar y formar los hombres de acuerdo con sus enseñanzas y doctrinas; y con el auxilio de los Obispos y del Clero, procura extender cuanto más puede los saludabilísimos raudales de su doctrina. Esfuérsase, además, en penetrar hasta lo íntimo del alma y doblegar las voluntades para que se dejen regir y gobernar en conformidad con los divinos preceptos. Y en esta parte, que es la principal y más importante, por depender de ella la suma toda de los provechos y la solución completa de la cuestión, sólo la Iglesia es la que tiene mayor poder. Porque los instrumentos de que para mover los ánimos se sirve, para ese fin precisamente se los puso en las manos Jesucristo, y del mismo Dios reciben su eficacia. Semejantes instrumentos son los únicos que pueden convenientemente llegar hasta los senos recónditos del corazón y hacer al hombre obediente y pronto a cumplir con su deber, y que gobierne los movimientos de su apetito, y ame a Dios y al prójimo con singular y suma caridad, y se abra animosamente camino a través de cuanto le estorbe la carrera de la virtud.

Basta en esta materia renovar brevemente la memoria de los ejemplos de nuestros mayores. Las cosas y los hechos que recordamos son tales, que no dejan lugar a duda, a saber: que con las máximas cristianas se renovó completamente la humana sociedad civil; que por virtud de esta renovación se mejoró el género humano, o más bien resucitó de muerte a vida, y adquirió tan grande perfección, que ni hubo antes ni habrá en las venideras edades otra mayor. Y, por fin, que de todos estos beneficios es Jesucristo el principio y el término, porque nacidos de El, a El todos se deben referir. Efectivamente, cuando recibió el mundo la ley evangélica; cuando aprendió el gran misterio de la Encarnación del Verbo y Redención del género humano, la vida de Jesucristo Dios y hombre penetró en las entrañas de la sociedad civil, y toda la impregnó de su fe, de sus preceptos y de sus leyes. Por esto, si remedio ha de tener el mal que ahora padece la sociedad humana, este remedio no puede ser otro que la restauración de la vida e instituciones cristianas. Cuando las sociedades se desmoronan, exige la rectitud que si se quieren restaurar, vuelvan a los principios que le dieron el sér. Porque en esto consiste la perfección de todas las asociaciones, en trabajar por conseguir el fin para que fueron establecidas, de manera que los movimientos y actos de la sociedad no los produzca otra causa que la que

produjo la misma sociedad. Por lo cual, desviarse de su fin es enfermar; volver a él es sanar. Y lo que decimos de todo el cuerpo de la sociedad civil, del mismo modo y con perfectísima verdad lo decimos de aquella clase de ciudadanos, la más numerosa, que sustenta su vida con su trabajo.

Y no se vaya a creer que la Iglesia de tal manera tiene empleada toda su solicitud en cultivar las almas, que descuide lo que pertenece a la vida mortal y terrena. De los proletarios quiere, y con todas sus fuerzas procura, que salgan de su tristísimo estado y alcancen suerte mejor. Y a esto no poco ayuda con sólo atraer a los hombres y formarlos en la virtud. Porque las costumbres cristianas, cuando se guardan en toda su integridad, dan espontáneamente alguna prosperidad a las cosas exteriores, pues hacen benévolo a Dios, principio y fin de todos los bienes; reprimen esas dos pestilencias de la vida, que con harta frecuencia hacen al hombre desgraciado aun en la abundancia: el apetito desordenado de riquezas y la sed de placeres; *Radix omnium malorum est cupiditas* (I, Tim., VI, 10); y hacen que los hombres, contentos con un trato y sustento frugal, suplan la escasez de las rentas con la economía, lejos de los vicios, que son destructores no sólo de pequeñas fortunas, sino de grandísimos caudales, y dilapidadores de riquísimos patrimonios. Pero fuera de esto provee la Iglesia lo que ve convenir al bienestar de los proletarios, instituyendo y fomentando cuantas cosas entiende que pueden contribuir a aliviar su pobreza. Y sobresalió tanto en este género de beneficios, que la colmaron de elogios hasta sus mismos enemigos. Tanta era entre los cristianos de la antigüedad más remota la fuerza de la caridad, que muchas veces se despojaron de sus bienes los ricos para socorrer a los pobres, y así *no había ningún necesitado entre ellos*. (Act, IV, 34). A los diáconos, orden instituida precisamente para esto, dieron los Apóstoles el cargo de ejercitar cada día los oficios de la caridad; y el Apóstol San Pablo, aunque oprimido bajo el peso del cuidado de todas las Iglesias, no dudó, sin embargo, emprender trabajosos viajes para llevar él, en persona, una limosna a los cristianos más pobres. Los dineros que los cristianos voluntariamente daban, cuantas veces se reunían, los llamaba Tertuliano *depósitos de la piedad*, porque se empleaban *en alimentar en vida y enterrar en muerte a los necesitados, a los niños y niñas pobres y huérfanos, a los ancianos que tenían en sus casas, y también a los naufragos*. (Apol., II, 39). De aquí poco a poco se fue formando aquel patrimonio que, con religioso esmero, guardó la Iglesia como propiedad de familia de los pobres. Y no sólo esto, sino que halló el modo de socorrer a la multitud de desgraciados, quitándoles el bochorno de mendigar. Porque como madre común de ricos y pobres,

promoviendo en todas partes la caridad hasta un grado sublime, estableció comunidades de religiosos e hizo otras muchísimas útiles fundaciones, para que distribuyéndose por ellas los socorros, apenas hubiese género alguno de males que careciese de consuelo. Hoy, es verdad, hállanse muchos que, como los gentiles de otros tiempos, hacen capitulo de acusación contra la Iglesia de esta misma excelentísima caridad, y en su lugar les parece que pueden poner la beneficencia establecida y regulada por leyes del Estado. Y no hay ni habrá artificio humano que supla a la caridad cristiana, de la cual es propio darse toda al bien del prójimo. De sola la Iglesia es esta virtud, porque si no se va a buscar en el Sacratísimo Corazón de Jesucristo, no se halla en parte alguna; y muy lejos de Cristo van los que de la Iglesia se apartan.

No puede, sin embargo, dudarse que para conseguir el fin propuesto se requieren también medios humanos. Todos, sin excepción alguna, todos aquellos a quienes atañe esta cuestión, es menester que conspiren al mismo fin, y en la medida que les corresponde trabajen por alcanzarlo; a semejanza de la Providencia Divina, reguladora del mundo, en la cual vemos que resultan los efectos de la concorde operación de las causas todas de que depende.

18. Qué misión incumbe en estas cuestiones al Estado.

Bueno es, pues, que examinemos qué parte del remedio que se busca se ha de exigir al Estado. Entendemos hablar aquí del Estado, no como existe en este pueblo o en el otro, sino tal cual lo demanda la recta razón conforme con la naturaleza, y cual demuestra que deben ser los documentos de la divina sabiduría que Nós particularmente expusimos en la Carta Encíclica en que tratamos de la constitución cristiana de los Estados. Esto supuesto, los que gobiernan un pueblo deben primero ayudar en general, y como en globo, con todo el conjunto de leyes e instituciones, es decir: haciendo que de la misma conformación y administración de la cosa pública espontáneamente brote la prosperidad así de la comunidad como de los particulares. Porque este es el oficio de la prudencia cívica, este es el deber de los que gobiernan. Ahora bien: lo que más eficazmente contribuye a la prosperidad de un pueblo es la probidad de las costumbres, la rectitud y orden en la constitución de la familia, la observancia de la religión y de la justicia, la moderación en imponer y la equidad en repartir las cargas públicas, el fomento de las artes

y del comercio, una floreciente agricultura; y hay otras cosas semejantes, que cuanto con mayor empeño se promuevan, tanto será mejor y más feliz la vida de los ciudadanos.

Con el auxilio, pues, de todas éstas, pueden los que gobiernan aprovechar a todas las clases y aliviar muchísimo la suerte de los proletarios; y esto en uso de su mejor derecho y sin que pueda nadie tenerlos por entrometidos, porque debe el Estado, por razón de su oficio, atender al bien común. Y cuanto mayor sea la suma de provechos que de esta general providencia dimanare, tanto será menos necesario tentar nuevas vías para el bienestar de los obreros.

Pero debe además tenerse en cuenta otra cosa que va más al fondo de la cuestión, y es ésta: que en la sociedad civil una es e igual la condición de las clases altas y de las ínfimas. Porque son los proletarios, con el mismo derecho que los ricos, y por su naturaleza, ciudadanos, es decir: partes verdaderas y vivas de que se compone el cuerpo social, por no decir que en toda la ciudad la clase proletaria es, sin comparación, más numerosa.

19. *Deberes del Estado con los obreros.*

Pues como sea absurdísimo cuidar de una parte de ciudadanos y decuidar otra, síguese que debe la autoridad pública tener cuidado conveniente del bienestar y provechos de la clase proletaria; de lo contrario violará la justicia, que manda dar a cada uno su derecho. A este propósito dice sabiamente Santo Tomás: *Como las partes y el todo son en cierta manera una misma cosa, así lo que es del todo es en cierta manera de las partes* (II, II, Quaest LXI, a. 1, ad. 2). De lo cual se sigue que entre los deberes, no pocos ni ligeros, de los príncipes, a quienes toca mirar por el bien del pueblo, el principal de todos es proteger todas las clases de ciudadanos por igual, es decir, guardando inviolablemente la justicia llamada distributiva.

Mas aunque todos los ciudadanos, sin excepción alguna, deben contribuir algo a la suma de los bienes comunes, de los cuales espontáneamente toca a cada uno una parte proporcionada, sin embargo no pueden todos contribuir lo mismo y por igual. Cualesquiera que sean los cambios que se hagan en las formas de gobierno, existirán siempre en la sociedad civil esas diferencias, sin las cuales ni puede ser ni concebirse sociedad alguna. De necesidad habrán de hallarse unos que gobier-

nen, otros que hagan leyes, otros que administren justicia, y otros, en fin, que con su consejo y autoridad manejen los negocios del Municipio o las cosas de la guerra. Y por ser los deberes de estos hombres más graves, deben ser en todo pueblo los primeros; porque ellos inmediatamente, y por excelente manera, trabajan para el bien de la comunidad. Por el contrario, muy distinto es el modo y muy distintos los servicios con que aprovechan a la sociedad los que se ejercitan en algún arte u oficio, si bien estos mismos, aunque menos directamente, sirven también muchísimo a la pública utilidad. Verdaderamente el bien social, puesto que debe ser tal que con él se hagan mejores los hombres, debe consistir principalmente en la virtud. Sin embargo, a una bien constituida sociedad toca también suministrar los bienes corporales y externos, *cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud* (S. Thom., De Reg., Princip., I, c. 15). Ahora bien: para la producción de estos bienes no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, ya las empleen en los talleres. Aún más: es en esta parte su fuerza y su eficacia tanta, que con grandísima verdad se puede decir que no de otra cosa sino del trabajo de los obreros salen las riquezas de los Estados. Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletario, haciendo que le toque algo de lo que él aporta a la común utilidad; que teniendo casa en donde morar, vestido con que cubrirse y protección con que defenderse de quien atente contra su bien, pueda así con menos dificultades soportar la vida. De donde se sigue que se ha de tener cuidado de fomentar todas aquellas cosas que se vea que en algo pueden aprovechar a la clase obrera; y este cuidado, tan lejos está de perjudicar a nadie, que antes aprovechará a todos; porque importa muchísimo al Estado que no sean de todo punto desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes de que el Estado tánto necesita.

20. *Deberes del Estado para con la comunidad.*

Bien está, como hemos dicho, que no absorba el Estado, ni al ciudadano, ni a la familia; justo es que al ciudadano y a la familia se les deje la facultad de obrar con libertad, en todo aquello que, salvo el bien común, y sin perjuicio de nadie, se puede hacer. Deben, sin embargo, los que gobiernan, proteger a la comunidad y a los individuos que la forman. Deben proteger a la comunidad, porque a los que gobiernan les ha confiado la naturaleza la conservación de la comunidad, de tal manera que esta protección o custodia del público bienestar es no sólo la ley

suprema, sino el fin único, la razón total de la soberanía que ejercen; y deben proteger a los individuos o partes de la sociedad, porque la filosofía, igualmente que la fe cristiana, convienen en que la administración de la cosa pública es por su naturaleza ordenada, no a la utilidad de los que la ejercen, sino a la de aquellos sobre quienes se ejerce. Como el poder de mandar proviene de Dios, y es una comunicación de la divina soberanía, debe ejercerse a imitación del mismo poder de Dios, el cual, con solitud de padre, no menos atiende a las cosas individuales que a las universales. Si, pues, se hubiera hecho o amenazara hacerse algún daño al bien de la comunidad o al de alguna de las clases sociales, y si de tal daño no pudiera de otro modo remediarse o evitarse, menester es que le salga al encuentro la pública autoridad. Pues bien: importa al bienestar del público y al de los particulares, que haya paz y orden; que todo el ser de la sociedad doméstica se gobierne por los mandamientos de Dios y los principios de la ley natural; que se guarde y se fomente la religión; que florezcan en la vida privada y en la pública costumbres puras; que se mantenga ilesa la justicia; que no se deje impune al que viola el derecho de otro; que se formen robustos ciudadanos, capaces de ayudar, y si el caso lo pidiere, defender a la sociedad. Por esto, si acaeciere alguna vez que amenazasen trastornos, o por amotinarse los obreros, o por declararse en huelga; si se relajasen entre los proletarios los lazos naturales de familia; si llegara a hacerse violencia a la religión de los obreros, no dándoles comodidad suficiente para los ejercicios de piedad; si en los talleres peligrase la integridad de las costumbres, o por la mezcla de los sexos, o por otros perniciosos incentivos de pecar, u oprimiesen los amos a los obreros con cargas injustas o condiciones incompatibles con la persona o dignidad humanas; si se hiciera daño a la salud con un trabajo desmedido o no proporcionado al sexo ni a la edad, en todos estos casos, claro es que se debe aplicar, aunque dentro de ciertos límites, la fuerza y autoridad de las leyes. Los límites los determina el fin mismo, porque se apela al auxilio de las leyes; es decir, que no deben éstas abarcar más, ni extenderse a más de lo que demanda el remedio de estos males o la necesidad de evitarlos.

21. Deberes del Estado para con los pobres.

Deben, además, religiosamente guardarse los derechos de todos; y debe la autoridad pública procurar que a cada uno se le respete el derecho que le asiste, evitando y castigando toda violación de la justicia. Bien que en el proteger los derechos de los particulares, débese tener

cuenta principalmente con los de la clase ínfima y pobre. Porque la clase de los ricos, como que se puede amurallar con sus recursos propios, necesita menos del amparo de la pública autoridad; el pobre pueblo, como carece de medios propios para defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por esto a los jornaleros, que forman parte de la multitud indigente, debe, con singular cuidado y providencia, cobijar el Estado.

Pero no será por demás tocar en particular algunas cosas aún de más importancia. En primer lugar, débese tener en cuenta que con el imperio y valladar de las leyes se ha de poner en salvo la propiedad privada. Y sobre todo ahora, cuando tan grande incendio han levantado todas las codicias, debe tratarse de contener al pueblo dentro de su deber, porque si bien es permitido esforzarse sin mengua de la justicia en mejorar su suerte, quitar a otro lo que es suyo, y so color de una absurda igualdad apoderarse de la fortuna ajena, es cosa que prohíbe la justicia, y que la naturaleza misma del bien común rechaza. Es cierto que la mayor parte de los obreros quieren mejorar de suerte, a fuerza de trabajar honradamente, y sin hacer a nadie injuria, pero también es verdad que hay, y no pocos, imbuídos en torcidas opiniones y deseosos de novedades, que de todas maneras procuran trastornar las cosas y arrastrar a los demás a la violencia. Intervenga, pues, la autoridad del Estado, y ponga un freno a los agitadores, aleje de los obreros los artificios corruptores de sus costumbres, y de los que legítimamente poseen el peligro de ser robados.

22. *Las huelgas.*

Una mayor duración o una mayor dificultad en el trabajo, y la idea de que el jornal es corto, dan no pocas veces a los obreros pretexto para alzarse en huelga y entregarse voluntariamente al ocio. A este mal frecuente y grave debe poner remedio la autoridad pública, porque semejante cesación de trabajo, no sólo daña a los amos, y aun a los mismos obreros, sino que perjudica al comercio y a las utilidades del Estado; y como suele no andar muy lejos de la violencia y sedición, pone muchas veces en peligro la pública tranquilidad. Y en esto lo más eficaz y más provechoso es prevenir el mal, y con la autoridad de las leyes, impedir que se presente, apartando a tiempo las causas que se ve han de producir un conflicto entre los amos y los obreros.

Asimismo hay en el obrero muchas cosas que demandan que el Estado, con su protección, las asegure. Las primeras son los bienes del

alma. Porque esta vida mortal, aunque buena y apetecible, no es lo último para que hemos nacido, sino camino solamente para llegar a aquella vida del alma, que será completa con la vista de la Verdad y el amor del Sumo Bien. El alma es la que lleva impresa en sí la imagen y semejanza de Dios, en ella reside el señorío que por disposición divina ejerce el hombre sobre las naturalezas inferiores a él, señorío por el cual obliga a las tierras todas y al mar a que para el provecho del hombre se le sujeten. *Henchid la tierra y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.* (Gén., I, 28).

En esto son todos los hombres iguales, no hay distinción alguna entre ricos y pobres, amos y criados, príncipes y particulares, *puesto que uno mismo es el Señor de todos* (Rom., X, 12). Nadie puede hacer injuria a la dignidad del hombre, de la que el mismo Dios dispone *con gran reverencia*, ni impedirle que tienda a aquella perfección, que es a propósito para la vida sempiterna que en el cielo le aguarda.

23. Descanso dominical.

Más aún; ni el hombre mismo, aunque quiera, puede en esta parte permitir que se le trate de un modo distinto del que a su naturaleza conviene, ni querer que su alma sea esclava; pues no se trata aquí de derechos de que libremente pueda disponer el hombre, sino de deberes que le obligan para con Dios y que tiene que cumplir religiosamente. Sigue-se de aquí la necesidad de descansar de las obras o trabajos en los días festivos. Lo cual no se ha de entender de una mayor facultad que al hombre se conceda de vagar ociosamente, y mucho menos de esa vacación que muchos desean, fautora de vicio y promotora del derramamiento de dinero, sino del descanso completo de toda operación laboriosa, consagrado por la Religión. Cuando al descanso se junta la Religión, aparta al hombre de los trabajos y negocios de la vida cotidiana para levantarle a pensar en los bienes celestiales y a dar el culto que de justicia debe a la Eterna Divinidad. En esto principalmente consiste, y este es el fin primario del descanso que en los días de fiesta se ha de tomar, lo cual Dios sancionó con una ley especial en el Antiguo Testamento: *Acuérdate de santificar el día del sábado* (Exod., XX, 3); y con su mismo ejemplo lo enseñó, con aquel descanso misterioso que tomó cuando hubo fabricado al hombre: *y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho* (Gén., II, 2).

24. *Contrato del trabajo.*

Por lo que toca a la defensa de los bienes corporales y externos, lo primero que hay que hacer es librar a los pobres obreros de la crueldad de hombres codiciosos que, a fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas sino cosas. Exigir tan gran tarea, que con el excesivo trabajo se embote el alma y sucumba al mismo tiempo el cuerpo a la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten. En el hombre toda su naturaleza, y consiguientemente la fuerza que tiene para trabajar, está circunscrita con límites fijos, de los cuales no puede pasar. Auméntase, es verdad, aquella fuerza con el uso y ejercicio, pero a condición de que de cuando en cuando deje de trabajar y descanse. Débese, pues, procurar que el trabajo de cada día no se extienda a más horas de las que permiten las fuerzas. Cuánto tiempo haya de durar este descanso, se deberá determinar, teniendo en cuenta las distintas especies de trabajo, las circunstancias del tiempo y del lugar, y la salud de los obreros mismos. Los que se ocupan en cortar piedras de las canteras o en sacar de las profundidades de la tierra hierro, cobre y cosas semejantes, como tienen un trabajo mayor y más nocivo a la salud, deben atender a la estación del año, porque no pocas veces sucede que una clase de trabajo se pueda fácilmente soportar en una estación, y en otra, o absolutamente no se puede, o no sin mucha dificultad.

Finalmente, lo que puede hacer, y a lo que puede abalanzarse un hombre de edad adulta y bien robusto, es inicuo exigirlo a un niño o a una mujer. Más aún; respecto de los niños hay que tener grandísimo cuidado en que no vayan a la fábrica o al taller antes de que la edad haya suficientemente fortalecido su cuerpo, sus facultades intelectuales y toda su alma. Como la yerba tierna y verde, así las fuerzas que en los niños comienzan a brotar, pueden agostarse por una sacudida prematura; y cuando esto sucede, ya no es posible dar al niño la educación que le es debida. Del mismo modo, hay ciertos trabajos que no están bien a la mujer, nacida para las atenciones domésticas, las cuales atenciones son una salvaguardia del decoro propio de la mujer, y se ordenan naturalmente a la educación de la niñez y prosperidad de la familia. En general, debe quedar establecido que a los obreros se ha de dar tanto descanso cuanto compense las fuerzas empleadas en el trabajo, porque debe el descanso ser tal que renueve las fuerzas que con el ejercicio se consumieron. En todo contrato que entre sí hagan los amos y los obreros, haya siempre expresa o tácita esta condición: que se provea convenien-

temente al uno y al otro descanso, pues contrato que no tuviere esta condición sería inicuo, porque a nadie le es permitido ni exigir ni prometer que descuidará los deberes que para con Dios y consigo mismo le ligan.

25. *El salario.*

Vamos ahora a apuntar una cosa de bastante importancia, y que es preciso se entienda muy bien para que no se yerre por ninguno de dos extremos. Dícese que la cantidad de jornal o salario lo determina el consentimiento libre de los contratantes, es decir, del amo y del obrero; y que, por lo tanto, cuando el amo ha pagado el salario que prometió, queda libre, y nada más tiene que hacer, y que entonces sólo se viola la justicia, cuando o rehusa el amo dar el salario entero, o el obrero entregar completa la tarea a que se obligó; y que en estos casos, para que cada uno guarde su derecho, puede la autoridad pública intervenir, pero que fuera de estos casos nunca. A este modo de argumentar asentirá difícilmente, y no del todo, quien sepa juzgar de las cosas con equidad, porque no es cabal en todas partes; fáltale una razón de muchísimo peso. Esta es, que el trabajo no es otra cosa que el ejercicio de la propia actividad, enderezado a la adquisición de aquellas cosas que son necesarias para los varios usos de la vida, y principalmente para la propia conservación. *Con el sudor de tu rostro comerás el pan.* (Gén., III, 19). Tiene, pues, el trabajo humano dos cualidades que en él puso la naturaleza misma: la primera es que es *personal*, porque la fuerza con que se trabaja es inherente a la persona, y enteramente propia de aquel que con ella trabaja, y para utilidad de él se la dió la naturaleza; la segunda es que es *necesario*, porque del fruto de su trabajo necesita el hombre para sustentar la vida; y sustentar la vida es deber primario natural, que no hay más remedio que cumplir. Ahora pues, si se considera el trabajo solamente en cuanto es *personal*, no hay duda de que está en libertad el obrero de pactar por su trabajo un salario más corto, porque como de su voluntad pone el trabajo, de su voluntad puede contentarse con un salario más corto, y aun con ninguno. Pero de muy distinto modo se habrá de juzgar si a la cualidad de *personal* se junta la de *necesario*, cualidad que podrá con el entendimiento separarse de la *personalidad*, pero que, en realidad de verdad, nunca está de ella separada. Efectivamente: sustentar la vida es deber de todos y de cada uno, y faltar a este deber es un crimen. De aquí necesariamente nace el derecho de procurarse aquellas cosas que son menester para sustentar la vida, y estas cosas no las

hallan los pobres sino ganando un jornal con su trabajo. Luego, aun concedido que el obrero y su amo libremente convengan en algo, y particularmente en la cantidad de salario, queda, sin embargo, siempre, una cosa que dimana de la justicia natural, y que es de más peso y anterior a la libre voluntad de los que hacen el contrato, y es esta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación del obrero que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciere alguna vez que el obrero, obligado de la necesidad, o movido por miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura que, aunque no quisiera, tuviera que aceptar por imponérsela absolutamente el amo o el contratista, sería eso hacerle violencia, y contra esa violencia reclama la justicia. Pero en estos y semejantes casos, como se trata de determinar, por ejemplo, cuántas horas habrá de durar el trabajo en cada una de las industrias u oficios; qué medios se habrán de emplear para mirar por la salud, especialmente en los talleres o fábricas; para que no se entrometan en esto demasiado las autoridades, lo mejor será reservar la decisión de esas cuestiones a las corporaciones de que hablaremos más abajo, o tentar otro camino para poner en salvo, como es justo, los derechos de los jornaleros, acudiendo al amparo y auxilio del Estado.

26. *El derecho a la propiedad individual.*

Si el obrero recibe un jornal suficiente para sustentarse a sí propio, a su mujer y a sus hijos, será fácil, si tiene juicio, que procure ahorrar y hacer, como la misma naturaleza parece que aconseja, que después de gastar lo necesario, sóbre algo con que poco a poco pueda formarse un pequeño capital. Porque ya hemos visto que no hay solución capaz de dirimir esta contienda de que tratamos si no se acepta y establece antes este principio: que hay que respetar la propiedad privada. Por lo cual a la propiedad privada deben las leyes favorecer, y en cuanto fuere posible, procurar que sean muchísimos en el pueblo los propietarios. Si se procede así, resultarán notables provechos, y en primer lugar, será más conforme a equidad la distribución de bienes. Porque la violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellas una distancia inmensa: una de estas clases es poderosísima, porque es riquísima, y como tiene en su seno todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae a sí para propia utilidad y provecho todos los manantiales de riqueza, y tiene no escaso poder aun en la misma administración de las cosas públicas; la otra clase es la muchedumbre pobre y débil con el ánimo llagado y pronta siem-

pre a amotinarse. Ahora bien: si se fomenta la industria de esta muchedumbre con la esperanza de poseer algo estable, poco a poco se acercará una clase a otra y desaparecerá el vacío que hay entre los que ahora son riquísimos y los que son pobrísimos. Además se hará producir a la tierra mayor copia de frutos. Porque el hombre, cuando trabaja en terreno que sabe que es suyo, lo hace con un afán y un esmero mucho mayores, y aun llega a cobrar un grande amor a la tierra que con sus manos cultiva, prometiéndose sacar de ella, no sólo el alimento, sino aun cierta holgura o comodidad para sí y para los suyos. Y no hay quien no vea que este afán de la voluntad contribuye poderosamente a la abundancia de las cosechas y al aumento de la riqueza de los pueblos. De donde se seguirá, en tercer lugar, este otro provecho: que se mantendrán fácilmente los hombres en la Nación que los dió a luz y los recibió en su seno, porque nadie trocaría su patria por una región extraña, si en su patria hallara medios para pasar la vida tolerablemente. Mas estas ventajas no se pueden obtener sino con esta condición: que no se abruma la propiedad privada con enormes tributos e impuestos. No es la ley humana, sino la naturaleza, la que ha dado a los particulares el derecho de propiedad, y por lo tanto no puede la autoridad pública abolirlo, sino solamente moderar su ejercicio y combinarlo con el bien común. Obrará, pues, injusta e inhumanamente, si de los bienes de los particulares extrajere, a título de tributo, más de lo justo.

27. Seguros y patronatos.

Por último, los amos y los mismos obreros pueden hacer mucho para la solución de esta contienda, estableciendo medios de socorrer convenientemente a los necesitados y acortar las distancias entre unos y otros. Entre estos medios deben contarse las asociaciones de socorros mutuos, y esa variedad de cosas que la previsión de los particulares ha establecido para atender a las necesidades del obrero y a la viudez de su esposa y orfandad de sus hijos, para el caso de repentinas desgracias o de enfermedad, y para los otros accidentes a que está expuesta la vida humana. De aquí la fundación de patronatos para niños y las asociaciones de obreros, que abarcan ordinariamente todas las cosas dichas. Muchos años duraron entre nuestros mayores los beneficios que resultaban de los gremios de artesanos. Los cuales, en hecho de verdad, no sólo fueron excelentemente provechosos a los artesanos, sino a las artes mismas, dándoles el aumento y esplendor de que son testimonio muchísimos documentos.

Como este nuestro siglo es más culto, sus costumbres distintas, y mayores las exigencias de la vida cotidiana, preciso es que tales gremios o asociaciones de obreros se acomoden a las necesidades del tiempo presente. Con gusto vemos que en muchas partes se forman asociaciones de esta clase; unas de sólo obreros, otras de obreros y capitalistas, pero es de desear que crezca su número y su actividad. Y aunque de ellas más de una vez hemos hablado, queremos sin embargo aquí hacer ver que son ahora muy del caso, y que hay derecho de formarlas, y al mismo tiempo cuál ha de ser su organización y en qué se debe emplear su actividad.

La experiencia de la poquedad de las propias fuerzas mueve al hombre y lo impele a juntar a las propias las ajenas. Las Sagradas Escrituras dicen: *Mejor es que estén dos juntos que no uno solo; porque tienen la ventaja de su compañía. Si uno cayere, lo sostendrá el otro. ¡Ay del solo, que cuando cayere no tiene quién lo levante!* (Eccl., IV, 9-10). Y también: *El hermano ayudado del hermano es como una ciudad fuerte* (Prov., XCIII, 19). Esta propensión natural es la que mueve al hombre a juntarse con otros y formar la sociedad civil, y la que inspira el deseo de formar con algunos de sus conciudadanos pequeñas e imperfectas, es verdad, pero verdaderas sociedades. Mucho difieren estas sociedades de aquella grande sociedad (la civil), porque difieren sus fines próximos. El fin de la sociedad civil es universal, porque no es otro que el bien común, de que todos y cada uno tienen derecho a participar proporcionalmente. Y por eso se llama *pública*, porque en ella *se juntan entre sí los hombres formando un Estado* (S. Thom., *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*, cap. II). Mas al contrario, las otras sociedades que se forman en el seno, por decirlo así, de la sociedad civil, llámense, y en verdad son, *privadas*, porque se enderezan próximamente al provecho o utilidad privada, que a sólo los asociados pertenece. *Es, pues, sociedad privada la que se forma para llevar a cabo algún negocio privado, como cuando dos o tres hacen sociedad para negociar de consuno* (S. Thom., I, c).

29. El Estado y los sindicatos.

Ahora bien: aunque estas sociedades privadas existen dentro de la sociedad civil, y son de ella como otras tantas partes, sin embargo, de suyo y en general no tiene el Estado o autoridad pública poder para

prohibir que existan. Porque el derecho de formar tales sociedades privadas es derecho natural al hombre, y la sociedad civil ha sido instituída para defender, no para aniquilar el derecho natural; y si prohibiera a los ciudadanos hacer entre sí estas asociaciones, se contradiría a sí propia, porque ella, lo mismo que las sociedades privadas, nace de este único principio, a saber: que son los hombres por naturaleza sociables. Hay algunas circunstancias en que justamente se oponen las leyes a esta clase de asociaciones; por ejemplo, cuando de propósito pretenden algo que a la probidad o a la justicia o al bien del Estado, claramente contradiga. Y en semejantes casos está en su derecho la autoridad pública cuando impide que se formen; usa de su derecho, cuando disuelve las ya formadas, pero debe tener sumo cuidado de no violar los derechos de los ciudadanos, ni so pretexto de pública utilidad establecer algo que sea contra razón. Porque a las leyes en tanto hay obligación de obedecer, en cuanto convienen con la recta razón, y consiguientemente con la sempiterna ley de Dios. La ley humana, en tanto tiene razón de ley en cuanto se conforma con la recta razón, y según esto, es manifiesto que se deriva de la ley eterna. Mas en cuanto se aparte de la razón, se llama ley inicua, y así no tiene ser de ley sino más bien de cierta violencia. (S. Thom., *Sum. Theol.* I, II, Quaest., XIII, a. 3).

30. *Las comunidades religiosas.*

Y aquí traemos a la mente las varias asociaciones, comunidades y órdenes religiosas que la autoridad de la Iglesia y la piadosa voluntad de los cristianos produjeron, las cuales han contribuído extraordinariamente al bienestar del género humano, como la historia aun de nuestros días lo está diciendo. Si con la luz sola de la razón se examinan estas sociedades, se ve claro que, como fue honesta la causa por que se fundaron, fue natural el derecho con que se fundaron. Pero por lo que tienen de religiosas, sólo están sujetas a la Iglesia en rigor de justicia. No pueden, pues, sobre ellas arrogarse derecho ninguno, ni tomar sobre sí la administración de ellas los poderes públicos del Estado; a éste más bien toca respetarlas, conservarlas, y cuando el caso lo demandare, impedir que se violen sus derechos. Sin embargo, vemos que en este punto se procede, sobre todo en nuestros tiempos, muy al contrario. En muchos lugares ha hecho el Estado violencia a estas comunidades, y se la ha hecho conculcando múltiples derechos, porque las ha aprisionado en una red de leyes civiles, las ha desnudado del legítimo derecho de persona moral y las ha despojado de sus bienes. Sobre estos bienes tenía

derecho la Iglesia, tenían derecho cada uno de los individuos de aquellas comunidades y lo tenían también los que a un fin determinado dedicaron aquellos bienes, y aquellos a cuya utilidad y consuelo se dedicaron. Por lo cual no podemos menos de quejarnos por tales despojos tan injustos como perjudiciales; y tanto más nos quejamos, cuanto que vemos que a estas asociaciones de hombres católicos, pacíficas de veras y de todas maneras útiles, se les cierra completamente el paso y al mismo tiempo se establece por ley la libertad de asociación, y de hecho se concede esa libertad con largueza a los hombres que meditan planes perniciosos contra la Religión, lo mismo que contra el Estado.

Cierto es que hay ahora, como nunca hubo, un número mayor de asociaciones diversísimas, especialmente de obreros. No es este lugar para examinar de dónde nacen muchas de ellas, ni qué quieren, ni por qué caminos van. Créese, sin embargo, y son muchas las cosas que confirman esta creencia, a saber: que las gobiernan, por lo común, ocultos jefes que les dan una organización que no dice bien con el nombre cristiano y con el bienestar de los Estados. Créese también que monopolizando todas las industrias, obligan a los que a ellas no se quieren asociar, a pagar su resistencia con la miseria. Siendo esto así, preciso es que los obreros cristianos elijan una de dos cosas: o dar su nombre a sociedades en que se ponga a riesgo su religión, o formar ellos entre sí sus propias asociaciones y juntar sus fuerzas, de modo que puedan animosamente libertarse de aquella injusta e intolerable opresión. Y que esto último se deba absolutamente escoger, ¿quién habrá que lo dude, si no es el que quiera poner en inminentísimo peligro el sumo bien del hombre?

Muy de alabar son algunos de los nuestros, que conociendo bien lo que de ellos exigen los tiempos, hacen experiencias y prueban cómo podrían con honrados medios mejorar la suerte de los proletarios, y haciéndose sus protectores, aumentan el bienestar, así de sus familias como de los individuos, y asimismo suavizar con la equidad los vínculos que unen entre sí a los amos y a los obreros, vivificar y robustecer en los unos y en los otros la memoria de sus deberes y la observancia de los preceptos evangélicos, los cuales preceptos, apartando al hombre de todo exceso, le impiden traspasar los debidos límites, y por muy semejante que sea la condición de las personas y de las cosas, mantienen la armonía de la sociedad civil. A este fin vemos que se reúnen en un lugar los hombres excelentes para comunicarse unos a otros sus pensamientos, adunar sus fuerzas y discutir sobre lo que más conviene. Esfuérganse otros en congregar en convenientes asociaciones las diversas clases de obreros, los ayudan con sus consejos y con sus bienes, y procuran que

no les falte trabajo honrado y provechoso. Dénles ánimo y extienden a ellos su protección los obispos, y bajo su autoridad y auspicios muchos individuos del clero secular y regular tienen cuidado de suministrar a los asociados cuanto a la cultura del alma pertenece. Finalmente, no faltan católicos muy ricos que haciéndose en cierto modo compañeros de los obreros, se esfuerzan, a costa de mucho dinero, por establecer y propagar en muchas partes estas asociaciones, con la ayuda de las cuales, y con su trabajo, pueden fácilmente los obreros procurarse, no sólo algunas comodidades en el presente, sino también la esperanza de un honesto descanso en el porvenir. El bien que tan múltiple y tan activa industria ha traído a todos es demasiado conocido para que debamos decirlo. De aquí que concibamos buenas esperanzas para lo futuro, si semejantes asociaciones van constantemente en aumento y se constituyen con una prudente organización. Proteja el Estado estas asociaciones que en uso de sus derechos forman los ciudadanos, pero no se entrometa en su sér íntimo y en las operaciones de su vida, porque la acción vital de un principio interno procede, y con un impulso externo fácilmente se destruye.

31. *Reglamentación de los sindicatos.*

Para que en las operaciones haya unidad, y en las voluntades unión, son de cierto necesarios una organización y un reglamento prudente. Por lo tanto, si los ciudadanos tienen libre facultad de asociarse, como en verdad la tienen, menester es que tengan también derecho para elegir libremente aquel reglamento y aquellas leyes que se juzga les ayudarán mejor a conseguir el fin que se proponen. Cuál ha de ser en cada una de sus partes esta organización y reglamento de las asociaciones de que hablamos, creemos que no se puede determinar con reglas ciertas y definidas, puesto que depende esta determinación de la índole de cada pueblo, de los ensayos que acaso se han hecho y de la experiencia de la naturaleza del trabajo y de la cantidad de provechos que deja, de la amplitud del tráfico y de otras circunstancias, así de las cosas como de los tiempos, que se han de pesar prudentemente. Pero en cuanto a la sustancia de la cosa, lo que como ley general y perpetua debe establecerse es que en tal forma se han de constituir y de tal manera gobernar las asociaciones de obreros, que les proporcionen medios aptísimos y los más desembarazados para el fin que se proponen, el cual consiste en que consiga cada uno de los asociados, en cuanto sea posible, un au-

mento de los bienes de su cuerpo, de su alma y de su fortuna. Mas es clarísimo que a la perfección de la piedad y de las costumbres hay que atender como a fin principal, y que él debe ser ante todo, el que rijan intimamente el organismo social. Pues de lo contrario, degenerarian en otra suerte de sociedades, y valdrían poco más que las asociaciones en que ninguna cuenta se suele tener con la Religión. Por lo demás, ¿qué importa al obrero haberse hecho rico con la ayuda de la asociación si por falta de alimento propio corre peligro de perder su alma? *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiese su alma?* (Matt., XVI, 22, 26). Esto dice Jesucristo que se debe tener por nota distintiva entre el cristiano y el gentil; *porque los gentiles se afanan por todas estas cosas...buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas serán añadidas* (Matt., VI, 32, 33).

32. Instrucción religiosa.

Comenzando, pues, por Dios, dèse mucho lugar a la instrucción religiosa; que cada uno conozca los deberes que tiene para con Dios, que sepa bien lo que ha de creer, lo que ha de esperar y lo que ha de hacer para conseguir la salvación eterna, y que esté prevenido contra las opiniones erradas y los varios peligros de corrupción. Excítese al obrero a dar a Dios el culto que le es debido, y al amor de la piedad, y en particular, a guardar religiosamente los días festivos. Aprenda a respetar y amar a la Iglesia, madre común de todos, y asimismo a obedecer sus preceptos y frecuentar sus sacramentos, para lavar las manchas del alma y adquirir la santidad.

Una vez puesto en la religión el fundamento de las leyes sociales, llano está ya el camino para establecer las relaciones mutuas de los asociados, de modo que se siga la paz de la sociedad y su prosperidad. Distribúyanse las cargas sociales de un modo conveniente a los intereses comunes, y de tal suerte que la diversidad no disminuya la concordia. Repartir los oficios con inteligencia y definirlos con claridad, es importantísimo para que no se lastime el derecho de ninguno. Adminístrense los bienes comunes con integridad, de modo que la necesidad de cada uno sea la medida del socorro que se le dé; armonícense también convenientemente los derechos y deberes de los amos con los derechos y deberes de los obreros. Para el caso en que alguno (bien fuese amo u obrero) creyese que se le había faltado en algo, sería de desear que hubiese en la misma corporación varones prudentes e íntegros, a cuyo arbitrio

tocase, por virtud de las mismas leyes sociales, dirimir la cuestión. Débese también, con gran diligencia, procurar que al obrero en ningún tiempo le falte abundancia de trabajo, y que haya subsidios suficientes para socorrer la necesidad de cada uno, no sólo en los accidentes repentinos y fortuitos de la industria, sino también cuando la enfermedad o la vejez, u otra desgracia, pese sobre alguno. Con estas leyes, si se quieren aceptar, bastará para proveer a la utilidad y bienestar de los pobres; mas las asociaciones de los católicos influirán no poco en la prosperidad de la sociedad civil. No es temerario sacar de los sucesos pasados el pronóstico de los futuros. Sucédense los tiempos los unos a los otros; pero hay en los acontecimientos extrañas semejanzas, porque los rige la providencia de Dios, la cual gobierna y encamina la continuación y serie de las cosas al fin que se propuso al crear el género humano. A los cristianos en la primera edad de la naciente Iglesia, sabemos que se les echaba en cara que en su mayor parte vivían, o de limosna, o del trabajo. Pero destituidos de riquezas y de poder, lograron, sin embargo, ganarse el favor de los ricos y el patrocinio de los poderosos. Véíaseles activos, laboriosos, pacíficos, guardadores ejemplares de la justicia, sobre todo de la caridad. A la vista de tal vida y tales costumbres se desvaneció toda preocupación, enmudeció la maledicencia, y las ficciones de una superstición inveterada cedieron poco a poco a la verdad cristiana.

33. *Soluciones del problema social.*

Dispútase ahora acerca del estado de los obreros; y cualquiera que sea la solución que se dé a esta disputa, buena o mala, importa muchísimo al Estado. La solución buena la darán los obreros cristianos, si unidos en sociedad y valiéndose de prudentes consejeros, entran por el camino que, con singular provecho suyo y público siguieron sus padres y antepasados. Pues por grande que en el hombre sea la fuerza de las preocupaciones y la de las pasiones, sin embargo, si una depravada voluntad no ha embotado por completo el sentimiento del bien, espontáneamente se inclinará más la benevolencia de los ciudadanos a los que vieren laboriosos y modestos, a los que se sepa que anteponen la equidad a la ganancia y el cumplimiento religioso del deber a todas las cosas. De donde se seguirá también esta ventaja: que se dará no pequeña esperanza, y aun posibilidad de remedio, a aquellos obreros que viven, o en el desprecio de la fe cristiana, o en la práctica de las costumbres ajenas a quien profesa esa misma fe. A la verdad, entienden los obreros muchas veces que han sido engañados con falsas esperanzas y vanas ilu-

siones, porque sienten que son muy inhumanamente tratados por amos codiciosos, que no los estiman sino a medida del lucro que con su trabajo les producen; que en las sociedades en que se han metido en vez de caridad y amor, hay intestinas discordias, compañeras perpetuas de la pobreza, cuando a ésta le faltan el pudor y la fe. Quebrantados de ánimo y extenuados de cuerpo, ¡cómo quisieran muchos de ellos verse libres de tan humillante servidumbre! pero no se atreven, porque se lo estorba, o el respeto humano, o el temor de caer en la indigencia. Ahora bien: para salvar a todos éstos, es incalculable cuánto pueden aprovechar las asociaciones de los obreros católicos, invitando a los que vacilan, allanándoles las dificultades, y admitiendo a la confianza y dispensando protección a los arrepentidos.

34. *Conclusión.*

Aquí tenéis, venerables hermanos, quiénes y de qué manera deben trabajar en esta dificilísima cuestión. Aplíquese cada uno la parte que le toca, y prontísimamente, no sea que con el retraso de la medicina se haga incurable el mal, que es ya tan grande. Den leyes y ordenanzas previsoras los que gobiernan los Estados; tengan presentes sus deberes los ricos y los amos; esfuércense, como es razón, los proletarios, de quienes es la causa; y puesto que la Religión, como al principio dijimos, es la única que puede arrancar de raíz el mal, pongan todos la mira principalmente en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas armas de la prudencia, que se piensa son muy idóneas, valdrán muy poco para alcanzar el bien deseado.

La Iglesia, por lo que a ella toca, en ningún tiempo y en ninguna manera consentirá en que se prescinda de su acción; y será la ayuda que preste tanto mayor cuanto mayor sea la libertad de acción que se le deje; y esto entiéndanlo particularmente aquellos cuyo deber es mirar por el bien público. Apliquen todas las fuerzas de su ánimo y toda su industria los sagrados ministros, y precediéndolos vosotros, venerables hermanos, con la autoridad y con el ejemplo no cesen de inculcar a los hombres de todas las clases las enseñanzas de la vida, tomadas del Evangelio; por cuantos medios puedan trabajen en bien de los pueblos, y especialmente procuren conservar en sí y excitar en los otros, lo mismo en los de las clases más altas que en los de las más bajas, la caridad, señora y reina de las virtudes. Porque la salud que se desea, principalmente se ha de esperar de una grande efusión de caridad; es decir, de

esa caridad cristiana, que compendia la ley del Evangelio, y que dispuesta siempre a sacrificarse a sí propia por el bien de los demás, sirve al hombre como de antídoto contra la arrogancia del siglo y contra el desmedido amor de sí mismo; la salud se ha de esperar de esa virtud cuyos oficios y divinos caracteres describió el Apóstol con estas palabras: *la caridad es paciente, es benigna, no busca sus provechos; todo lo sobrelleva; todo lo soporta* (Corinth., XIII, 7, 4).

En prenda de los divinos dones y en testimonio de nuestra benevolencia, a cada uno de vosotros, venerables hermanos, y a vuestro clero y pueblo, damos amantísimamente en el Señor la apostólica bendición.

Dada en Roma, en San Pedro, el día 15 de mayo de 1891, año décimocuarto de nuestro Pontificado.

LEON XIII, Papa.
